

2

CICATRICES

«¿Ha visto a este hombre?», le pregunta Roy al conductor de un autobús, quien niega con la cabeza al tiempo que cierra la puerta. Encadena varias respuestas semejantes. Pasan las horas. Regresa a casa. Ya no hay sangre junto al charco, que ha crecido. La luz del pasillo y la del salón están encendidas. «¿Selena?» Nadie responde. Se altera. Descuelga un cuadro y lo coge con las dos manos, a modo de arma contundente. Camina con pasos cortos hacia el salón: no hay nadie. Enfoca la cocina: Selena, la piel negra iluminada por la luz del extractor de humos, remueve un guiso con una cuchara de palo. Tiene puestos los auriculares y mueve las caderas al son de una música que sólo escucha ella. Roy se relaja, sonríe a medias y deja el cuadro sobre el brazo de un sillón. Selena le ve acercarse, se quita uno de los auriculares y le da un beso. «Era el plato que nos hacía mi madre en los días de fiesta», le dice. «Lo recordé hace poco.» Él no reacciona. «No hubo suerte, ¿verdad?» «No, cómo pude ser tan tonto, joder, cómo pude dejarle escapar.» «Tú no sabías quién era; mejor dicho, tú no sospechabas quién es posible que sea.» Sirve vino en dos copas. Sale humo de la olla. «Porque no olvides que sólo tienes eso», señala el gato de papel. «Y eso, por sí solo, no significa nada.»

Tres gigantes uniformados se lo llevan por la fuerza. En el interior del furgón gris metalizado hay una docena de hombres y mujeres de todas las edades. El que está sentado frente al

asiento que ocupa el Nuevo tiene una cicatriz perfectamente circular, del tamaño de una huella dactilar, en el centro de la frente. «¿Y tú qué coño miras?» «Nada, nada, perdona», dice el Nuevo, mientras clava su mirada en el suelo del vehículo. Se abre la puerta: «Venga, venga, bajen, venga, bajen». Todos obedecen. A empujones, van entrando por un portón de garaje. Un altavoz les exige: «Colaboren en su proceso de higienización». Son sentados en butacas, donde los esperan barberos para cortarles el cabello con máquinas de afeitar eléctricas. A continuación, en un vestuario, se desnudan, mujeres y hombres, y dejan sus ropas y pertenencias en cajas de plástico. Uno roza intencionadamente un muslo femenino y recibe inmediatamente un golpe de porra en el hombro. Pasan, en fila, por un tren de lavado: agua fría a chorro, jabón y espuma, diez nuevos chorros, más finos, de agua caliente, nube de vapor, tubos de aire caliente. La mujer y el adolescente que caminan delante de él tienen sendas cicatrices. Ella: una línea de unos treinta y cinco centímetros, que nace en el omoplato derecho y termina a la altura del riñón izquierdo. Él en toda la espalda: una cicatriz de unos cincuenta centímetros cuadrados de superficie, carne torturada. Otro vestuario. «Sus ropas les serán devueltas una vez sean también higienizadas; mientras tanto pueden utilizar estas, que les proporciona gratuitamente la alcaldía de la ciudad»: la voz metálica de un altavoz. Son uniformes blancos y ropa interior también blanca. Con la cabeza rapada y vestido de blanco, el Nuevo parece otro hombre.

«Ya sabes lo importante que es para la comunidad», le dice una voz a Roy, por teléfono. Él asiente. «Seguiré buscando.» Sale del apartamento. Sube las escaleras. Llama a la puerta de Selenia. Nadie responde. Abre el buzón (vacío). Vuelve a su casa. Se turba: parece estar viendo algo; algo que se mueve entre los libros y las revistas y los cuadros; algo que sólo puede ver él. La visión desaparece. Respira hondo. Bebe un vaso de agua. Coge la cazadora. Sale a la calle. Mientras camina, se materializa una niña sobre el charco. No debe de tener más de seis años. Está desnuda; y sus retinas, enloquecidas. El pelo se le moja: negro

sobre el gris asfalto. Roy dice «Mierda» y pasa de largo. Pero en la bocacalle se detiene. Repite: «Mierda». Y retrocede. Coge a la niña en brazos, «Todo irá bien, pequeña, todo irá bien», le susurra. Antes de entrar en su portal, levanta la mirada y la dirige hacia las ventanas que dan al callejón. Se retiran rostros, precipitadamente; se corren cortinas. Roy asiente, con indignación, varias veces y, antes de entrar, escupe.

En la cola de la comida, el Nuevo se sirve pasta en la bandeja. «Gracias.» Sin previo aviso, recibe un codazo. La bandeja salta por los aires, la comida se derrama por el suelo. Antes de que pueda volverse para ver quién le ha atacado, su agresor recibe tres porrazos en la espalda y es esposado por dos vigilantes; a los pocos segundos, los altavoces advierten: «Deben controlar su agresividad, proceden de un pasado muy violento, deben rebelarse contra los impulsos que han traído con ustedes». El Nuevo coge la bandeja y vuelve a hacer la cola. «¿Por qué no te has defendido?», le pregunta un adolescente de rasgos asiáticos. «No lo he visto», se excusa el Nuevo, «pero tampoco sé pelear.» Se sientan juntos, en una larga mesa llena de comensales idénticamente uniformados. La mayoría come mecánicamente, con la mirada fija, sin pestañear. Sólo algunas miradas parecen incómodas, prisioneras.

«Es demasiado joven como para soportar la materialización, mira cómo tiembla»; las miradas de ambos coinciden en el sofá, donde la niña permanece arropada y trémula. «Ni lo pienses», dice Selena. «Es el primer niño que aparece en el callejón en cinco años...» «Ni lo pienses», repite ella. «¿Desde cuándo eres telépata?» «Te conozco, cariño, te conozco.» Sonríe él: «Pues te equivocas». Se ha sentado en el sofá, acaricia el pelo de la niña: «Ni siquiera se me había pasado por la cabeza». Ella lo mira, divertida y escéptica, desde el umbral. «Mañana mismo la llevaré a un orfanato y en una semana nos olvidaremos de que existió... Por cierto, ¿cómo la llamamos?» Selena se indigna: «¡Roy!».

«¿Tú te acuerdas de algo?» «No, de nada: tengo el cerebro lleno de blanco.» Están en sus respectivas camas, en un pa-

bellón lleno de ellas: cientos de personas durmiendo. Cientos de nuevos. Cientos de cabezas afeitadas. Cientos de blancos horizontales. El otro es el adolescente de no más de dieciocho años y facciones orientales. «Yo me acuerdo de algo: una espada y un hombre volador, ya ves, qué tonterías, pero no me los puedo sacar de la cabeza, a veces estoy en la cola del baño o en el comedor y todo desaparece y la espada está ahí, delante de mis ojos, pero yo no la empuño, ya ves, y el hombre está por ahí volando, y todo es una gradación de grises.» «Venga, duérmete», le dice el Nuevo. «De acuerdo, buenas noches», le desea el otro nuevo. Cuando al fin el sueño le acompasa la respiración, el Nuevo cierra los ojos y gime, como si llorara. Pero no.

La habitación tiene las paredes forradas de ositos rosa, una lámpara en forma de globo aerostático, alfombra color arena. Jessica se sienta en su cama. En la otra, una niña de su edad, recostada en los almohadones, está leyendo un álbum ilustrado. Recibe a su nueva compañera con una sonrisa: «Hola, me llamo Aura, bienvenida». Jessica sonríe a su vez, pero no habla. Se desliza en la cama, hasta quedar acostada, sin desvestirse, fingiendo que se duerme. La saturación de osos y la lectura de Aura, que parece impostada, de pronto, se leen como amenazas.

«Creo que mi auténtico problema es el callejón.» «¿A qué te refieres, cariño?» «Fíjate que nunca salgo por la puerta principal y que casi nunca uso el coche... jodidas puertas traseras.» Se abre la del despacho ante el que Selena y Roy esperaban: «Perdonen la demora», se disculpa la directora, la mirada escudada tras unas lentes metálicas. En la pantalla del ordenador se representan en directo las dos niñas en su habitación: «La mudéz es una reacción normal en caso de reintegración a edad temprana», les cuenta a Roy y a Selena la directora del centro —a sus espaldas, fotografías de la institución (un rascacielos inacabable) y diplomas—; «no obstante, se trata de un problema de solución más rápida si el infante convive con adultos, aunque sólo sea el fin de semana». Roy mira a Selena; pero ella se mantiene firme, las pupilas clavadas en uno de los diplomas. «¿Eso

también se lo enseñaron en Harvard?», le espeta, de pronto. «Porque cualquiera sabe que todo lo que tiene que ver con el más allá y con la llegada y con la iluminación, como se les quiera llamar, es un absoluto misterio, que sólo tenemos teorías para aliviarnos, pero ninguna certeza.» «Perdone que le diga que disponemos de estudios que demuestran que...» «Estupídecos. Vámonos, Roy.» «Discúlpenos, doctora, le agradezco mucho que haya acogido tan rápidamente a Jessica y que le haya conseguido una habitación en este centro, mi... Selena está alterada, demasiadas emociones, le ruego que nos perdone...» La directora asiente, entre abstraída y conciliadora, como si la costumbre también la hubiera preparado para esa situación concreta. La pareja abandona el despacho.

En la pantalla gigante, ante centenares de nuevos vestidos de blanco y sentados en sillas de plástico blanco, son proyectadas las palabras que la megafonía anuncia (o redundante): «Nacemos en la materialización. El problema es que nos materializamos con recuerdos y éstos nos dicen que es posible otra forma de aparecer, que el ser humano nace del vientre de mujer, después de nueve meses de gestación, que nacemos sin lenguaje ni memoria, que éstos se van adquiriendo en el proceso de aprendizaje. Sin embargo, sabemos que eso es falso. Que nacemos al margen de la sexualidad. Que nacemos a cualquier edad. El gran misterio es de dónde venimos. Deben asumir eso si quieren vivir. Sobrevivir». «¿Te han hablado de los adivinos?», le susurra al Nuevo el adolescente, agachándose para que los instructores no vean que habla en plena lección. «Los he visto», responde el Nuevo. «Cobran más de cien pavos.»

Roy pedalea insistentemente: dos grandes bolsas de sudor le crecen a la altura de las axilas. Cuando aparezca su mujer, dejará la bicicleta, se pondrá una sudadera, le cogerá las manos. «Maldita sea, Roy, sabes lo que me ocurre de vez en cuando, sabes que pierdo el control, que mis interferencias son mucho menos amables que las tuyas.» Selena está apoyada en la pared. Se frota las manos nerviosamente. Roy se le acerca, sin prisas,

mientras dice: «Hace poco recordaste que eras madre, cuando me lo contaste te sentí tan cerca...». «Ni siquiera sé si era un recuerdo verdadero, recordé la maternidad, la idea de maternidad, pero no vi ningún bebé entre mis brazos; además, Roy, sabes que no podemos vivir juntos, sabes que soy peligrosa...» Se abrazan. «Podemos superar este obstáculo, si queremos, podemos ser más fuertes, no sé, con tu terapia, quizá... encontrar la manera de...» «Te quiero, todo esto es absurdo, pero te quiero.» Se han dado un beso, mientras hablaban, intermitente, dialogante, encadenado.

En el aula hay quince niños y una profesora. Ellos dibujan con lápices de colores, mientras ella se pasea por entre los pupitres, observando, matizando, apuntando, sugiriendo. Jessica ha dibujado a un hombre blanco y a una mujer negra, cada uno en una mitad de la hoja: el hombre sobre fondo negro, una línea insegura en el ecuador exacto, la mujer sobre fondo blanco. La profesora se sonríe apenas, pero con un rictus de preocupación, o de tristeza. Se dirige al ordenador que hay incorporado a su mesa: teclea algo; a continuación, activa la música ambiental. Jazz. Las retinas de algunos niños se aceleran.

En la balanza, 79 kilos; en la cara, satisfacción. Se afeita: se mira en el espejo, limpia la cuchilla con el chorro de agua, levanta de nuevo la vista. Mientras se esté mirando en el espejo del cuarto de baño, a Roy se le aparecerá algo –invisible–, algo que le provoca, como siempre, una turbación radical. «Mierda»: se ha cortado con la cuchilla. En ese momento sale Selena de la ducha, desnuda, mojada. «¿Estás bien?» «Sí, sí, ha sido otra maldita interferencia.» Ella lo abraza, desde atrás, por la cintura. «Sigo en los 79, de modo que el primer objetivo de la bicicleta se está cumpliendo... Pero las interferencias se siguen multiplicando...» Se miran en el espejo tatuado de vaho. «Los médicos dicen que la gimnasia ayuda, pero no esperes un milagro.» Se sostienen la mirada. «Lo he estado pensando», dice ella, un beso en el cuello. «Creo que... de acuerdo», un segundo beso, en la sangre de la mejilla; mientras tanto, él sonríe y la mira en el espejo y con las dos manos, en un abrazo in-

verso, le acaricia la parte baja de la espalda, donde nace o muere su cicatriz dorsal.

«¿Qué has aprendido en este centro de integración?», le pregunta al Nuevo un funcionario. «Que tengo que buscar un nombre.» «En efecto, es importante encontrar tu nombre, aquí no te podemos recomendar oficialmente que vayas a un adivino, pero pronto descubrirás que lo hace todo el mundo. Tu patrón es bueno. Tienes habilidades potenciales y una inteligencia desarrollada dentro de las coordenadas normales. El Gobierno te hace entrega de tu documento de identidad numérica, a la espera de que descubras tu identidad verbal.» Le da una tarjeta. «Asimismo, te corresponde una pequeña suma.» Le entrega un sobre. «Confiamos en que, una vez hayas completado tu proceso de adaptación a la ciudadanía y te sientas un viejo ciudadano, recuerdes lo que hicimos por ti.» En la tarjeta hay una fotografía y un número; en el sobre, un billete.

La profesora llama a la puerta y la abre con suavidad. Las dos niñas están sentadas en sus respectivos escritorios, haciendo los deberes: le sonríen. «Ha llegado tu momento, Jessica.» Aura le coge la mano. «Mucha suerte», se abrazan. La profesora y la niña suben al ascensor. Bajan veintitrés pisos. En la sala de espera están Roy y Selena: la niña corre a abrazarlos. «Te esperamos aquí, pequeña.» La profesora la toma de la mano y la conduce hacia la gran puerta que hay al fondo de la sala: entran. Llega la directora por la izquierda, con una carpeta en las manos: «Me ha alegrado mucho su decisión, ya saben que el Gobierno se ocupa de todo hasta los dieciocho años, que ustedes sólo tienen que trabajar con ella el aspecto familiar, durante los fines de semana y las vacaciones. Se puede decir que, si firman aquí y aquí, Jessica será como su hija».

«Siéntate, hija, siéntate.» La profesora se va. Jessica se queda a solas con un anciano exquisitamente atildado, que tiene ante sí una computadora liviana, casi transparente; la retira unos centímetros hacia un lado. «No te preocupes, relájate, lo que vamos a hacer es por tu bien, a ver, dame las manos.» El anciano comunica paz. Jessica está tranquila. El sol luce entre los ras-

cacielos, al fondo, llenando de luz el gusto clásico que decora la habitación. Sitúa las manos sobre las del hombre. Se entrelazan. Entonces, los ojos de él se ponen en blanco. Como si se hubieran girado, simultáneamente. «Ahora voy a contarte lo que veo, qué había en tu vida anterior, cuál es tu pasado, Jessica, cuál es tu identidad.»

«Es nuestra última noche aquí.» El Nuevo y el adolescente, los ojos completamente abiertos, susurran en el dormitorio excesivo. «Yo me quedo unos días más», interviene un anciano vecino, de espaldas a sus interlocutores, «hasta que venza la angustia no puedo salir.» «¿Te dejarán?», le pregunta el Nuevo. «Hasta ahora he pedido tres prórrogas y me las han concedido, no sé cuántas son el máximo.» Hay lástima en el rostro del adolescente. «No puedo salir», prosigue el anciano, «con esto que siento dentro, algo que no me ahoga ni me oprime ni me agobia, sino que me desgarrar por dentro.» Hay enajenación en sus ojos. Una negritud que se expande desde la pupila hacia la piel del rostro y hacia las sábanas, blancas. El Nuevo y el adolescente escuchan desde sus camas. Lentamente, se quedarán dormidos; no así el anciano, cuyos ojos continuarán enfrentados a su propia oscuridad.